

escribano los suple con algunos desventurados papeles de engaño de que nunca carecen (1).

Pero á medida que el siglo avanza, la incredulidad menos ruidosa se hace más firme; se templa en los manantiales; las mismas mujeres se tocan de la manía de las ciencias. En 1782, según se ve en la *Adela y Teodoro*, de la señora Genlis, uno de sus personajes escribe: «Cinco años hace que las dejé sin que pensarán más que en su adorno y en el arreglo de sus cenas; las vuelvo á encontrar sabias y con agradables conocimientos.» En el gabinete de una dama á la moda, se encuentra al lado de un pequeño altar dedicado á la Beneficencia ó á la Amistad, un diccionario de historia natural, tratados de física y química. Las mujeres ya no se hacen retratar en traje de Diosas y sobre una nube, sino en un laboratorio con la escuadra en la mano ó con el telescopio, como acredita de Goncourt en *La mujer del siglo XVIII*, 371-373. La marquesa de Nesle, las condesas de Brancas y de Pons y la marquesa de Polignac, están en casa de Rouelle cuando intenta fundir y volatilizar el diamante. En los salones se forman sociedades de veinte y veinticinco personas para seguir un curso de física ó de química aplicada, de mineralogía ó de botánica. En la sesión pública de la Academia de Inscripciones, las mujeres del mundo aplauden disertaciones sobre el buey Apis, sobre la relación de las lenguas egipcia, fenicia y griega. En fin, en 1786 hácese ellas abrir las puertas del Colegio de Francia. Nada les repugna; muchas manejan la lanceta y hasta el escalpelo; la marquesa de Voyer asiste á las disecciones, y la joven condesa de Coigny disecó con sus propias manos. En este cimiento, que es el de la filosofía reinante, toma un nuevo punto de apoyo la incredulidad mundana. Hacia últimos del siglo, como dice la señora Genlis en su *Adela y Teodoro*, II, 326, «se ven jóvenes que desde hace seis ó siete años pertenecen á la buena sociedad, como se precian abiertamente de irreligiosos, creyendo que la impiedad hace las veces del talento, y que ser ateo es ser filósofo.» Ciertamente hay muchos deístas, sobre todo desde Rousseau, pero creo que de cien personas de buena sociedad no se hallan aún en París diez cristianos ó cristianas. «De diez años acá, dice Mercier en 1783 en su *Cuadro de París*, III, 44, la buena sociedad no oye misa; no la oye sino el domingo por no escandalizar á los lacayos, y estos saben que no se va á misa sino por ellos.» El duque de Coigny, como

(1) *Correspondencia literaria*, por Grimm.

se cuenta en la *Correspondencia secreta*, por Metra, XVII, 387, en sus haciendas, cerca de Amiens, se opone á que se ruegue por él, amenazando, en caso contrario, á su cura con hacerle echar de lo alto de su cátedra; cae enfermo su hijo y se opone á que se le administren los sacramentos; muere este hijo, prohíbe las exequias fúnebres y manda enterrar su cuerpo en el jardín; enfermo á su vez, cierra su puerta al obispo de Amiens que se presenta por doce veces para verle y muere del mismo modo que vivió. Verdad es que este escándalo es notado, es decir, raro, casi todos y casi todas «armonizan la conveniencia de las formas con la independencia de las ideas,» como dice de Goncourt. Cuando la camarera anuncia «señora Duquesa, el buen Dios está ahí; ¿permitís que entre? desea tener el honor de administraros;» se conservan las apariencias. Se introduce al importuno y se es urbano con él. Si se le esquivo es siempre mediante un pretexto decente, pero si se le complace no es más que por el bien parecer; «en Surata, cuando uno muere debe tener en la mano la cola de una vaca.» Nunca ha habido sociedad más despegada del cristianismo. A sus ojos una religión positiva no es más que una preocupación popular, buena para los niños y para los simples, no para «la gente de bien» ni para las personas mayores. Le debéis un saludo á la procesión que pasa, pero sólo un saludo.

Último indicio y el más grave de todos. Si los curas que trabajan y son del pueblo, tienen la fe del pueblo, los prelados que charlan y son del mundo tienen las opiniones del mundo. Y aquí no hablo solamente de los abates de sociedad, cortesanos domésticos, portadores de noticias, autores de cortos versos, complacedores de retrete que en una reunión sirven de eco, y de bocina, de salón en salón; un eco, una bocina no hacen más que repetir las palabras escépticas ó no que se le soplan. (1)

Se trata de los dignatarios, y por lo que á estos hacen, concuerdan todos los testimonios. En el mes de Agosto de 1767, el abate Bassinet, vicario general de Cahors, al pronunciar en la capilla del Louvre el panegírico de San Luís, «imprimió, como puede verse en Bachaumont III, 253, hasta la señal de la cruz. No citó ningún texto, no hizo cita alguna de

(1) El abate de Lattaingnant, canónigo de Reims, autor de poesías ligeras, y de coplitas de sobremesa, «acaba de dar para el teatro de Nicolet una pieza cuyo argumento se sostiene con muchas ocurrencias picarescas muy de moda en la actualidad. Los cortesanos que dan el tono á este teatro, tienen por delicioso al canónigo de Reims.» (Bachaumont IV, 174, Noviembre 1768).

la Escritura, ni habló una sola palabra de Dios ni de los santos. No consideró á Luís IX sino bajo el punto de vista de sus virtudes políticas, guerreras y morales. Atacó las cruzadas, demostró su absurdidad, su crueldad y hasta su injusticia. Atacó de frente y sin contemplación la corte de Roma. Otros, «evitan en la cátedra el pronunciar el nombre de Jesucristo, y sólo hablan del legislador de los cristianos.» En el código que la opinión mundana y el decoro social imponen al clero, un observador delicado, Champfort, determina del siguiente modo las distinciones de categoría y los diversos matices en la manera de conducirse: «Un simple sacerdote, debe creer un poco, pues de lo contrario se le tendría por hipócrita, pero tampoco debe estar seguro de lo que predica, pues se le tendría por intolerante. El vicario general, por el contrario, puede sonreír al oír un chiste á propósito de la religión, el obispo reir enteramente, y el cardenal, remacharlo.» «Hace algún tiempo, dice la crónica, se decía á uno de los más respetables curas de París. ¿Creéis que tengan mucha religión los obispos que nos la ponen siempre por delante? El buen pastor, tras un momento de vacilación, contestó: «Puede haber cuatro ó cinco que crean en ella.» Para quien conozca su nacimiento, sus sociedades, sus costumbres y sus gustos, esto no tiene nada de inverosímil. «Dom Callignon, representante de la abadía de Metlach, señor de horca y cuchillo y cura de Valmunster, bello sujeto, buen decidor y amable anfitrión, evita el escándalo y no permite se sienten á la mesa sus dos queridas sino en reunión familiar; por lo demás, es tan poco devoto como puede y menos aún que el vicario saboyano,» no viendo ningún mal sino en la justicia y en la falta de caridad, y considerando la religión como una institución política y un freno moral. Cítase otros muchos. M. de Grimaldi, el joven y galante obispo del Mans, que toma para vicarios generales á sus jóvenes y galantes compañeros de clase, y hace de su casa de campo de Coulans, un centro de reunión de hermosas damas, como pueden ver nuestros lectores en *La Cartuja de Val. Saint-Pierre*, y en Merlin y Thionville, *Vida y correspondencia*, por Juan Reynaud. Deduzcánse de esas costumbres, las creencias. Otros casos existen en los que ni siquiera se necesita deducirlas. En las casas del cardenal de Rohan, de M. Brienne, arzobispo de Sens, de M. Talleyrand, obispo de Autun, y del abate Maury, defensor del clero, es notorio el escepticismo. Rivarol, escéptico también, declara, que á las inmediaciones de la Revolución «la ilustración del clero igualaba á la de los filósofos.» «El cuerpo que tiene menos

preocupaciones, dice Mercier, ¿quién lo creyera? Es el clero.» (1)

Y el arzobispo de Narbona explicando la resistencia del alto clero en 1791, la atribuye según las *Memorias* de Lafayette III, 58, no á la fe sino al pundonor. «Nos condujimos entonces como verdaderos gentil-hombres; porque de la mayoría de nosotros no puede decirse que lo hiciéramos por religión.»

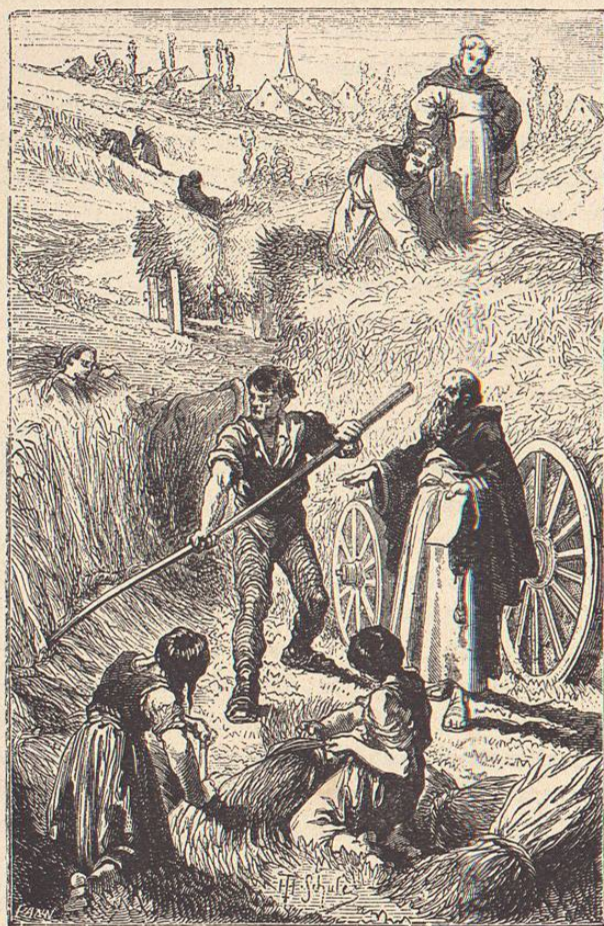
V

Del altar al trono la distancia es corta, y sin embargo, invierte la opinión en franquearla treinta años. Durante la primera mitad del siglo, no hay todavía oposición política social. La ironía de las *Cartas persas*, es tan mesurada como delicada. *El espíritu de las leyes*, es conservador. En cuanto al abate de Saint-Pierre, se sonríen de sus extravagancias y la Academia lo borra de su lista cuando se atreve á blasfemar de Luís XIV. Al fin, los economistas por un lado y los parlamentarios por otro, dan la señal. «Hacia 1750, dice Voltaire en su *Diccionario filosófico*, artículo *Trigo* y otros, la nación, harta de versos, tragedias, comedias, novelas, óperas, historias románticas, reflexiones morales más románticas aún y de disputas sobre la gracia y las convulsiones, se pone á raciocinar sobre los trigos.» ¿De dónde nace la carestía del pan? ¿Por qué el labrador es tan miserable? ¿Cuál es la materia y el límite del impuesto? ¿No debe contribuir toda tierra y debe alguna pagar más allá de su producto líquido? Hé ahí los problemas que penetran en los salones bajo los auspicios del rey, por el órgano de Quesnay su médico, su pensador, fundador de un sistema que engrandece al príncipe en vez de aliviar al pueblo, y que multiplica los impuestos en vez de aligerar la contribución. Al propio tiempo, y por la parte opuesta, llegan otros problemas no menos nuevos. «¿La Francia es una monarquía templada y representativa, ó un gobierno á la turca? ¿Vivimos bajo la ley de un dueño absoluto, ó estamos regidos por un poder limitado y responsable? «Los parlamentarios desterrados... pusiéronse á estudiar el derecho público en sus orígenes, y discurren de él como en las academias. En el espíritu público y en virtud de sus estudios, se establece la opinión de que la nación está por encima del rey, como la Iglesia universal

(1) Mercier IV, 142.— En Auvernia, dice M. de Monlosier, «me arreglé una sociedad de sacerdotes de talento, de los que algunos eran deístas y otros francamente ateos, con quienes me ejercitaba para luchar contra mi hermano.» *Memorias* I, 57.

por encima del Papa.» El cambio es sorprendente, casi repentino. «Hace cincuenta años, dice también de Argenson, el público no tenía ninguna curiosidad por noticias de Estado. Hoy día todos leen su *Gaceta de París* hasta en provincias. Se habla de política á tuerco y á derecho, pero se habla.» Una vez la conversación se ha apoderado de este parto, ya no

le deja; y los salones se abren á la filosofía política, y por consiguiente, al contrato social, á la *Enciclopedia*, á las predicaciones de Rousseau Mably, de Holbach, Raynal y Diderot. En 1759, de Argenson que se entusiasma, créese ya abocado al momento final... «Nos sopla un viento filosófico de gobierno libre y antimonárquico; esto es, lo que pasa en los



El diezmo

espíritus y podría ser que este gobierno se hallase en las inteligencias para plantearlo á la primera ocasión. Quizá la *Revolución* se hará con menos oposición de lo que se piensa; esto se hará por aclamación.» (1)

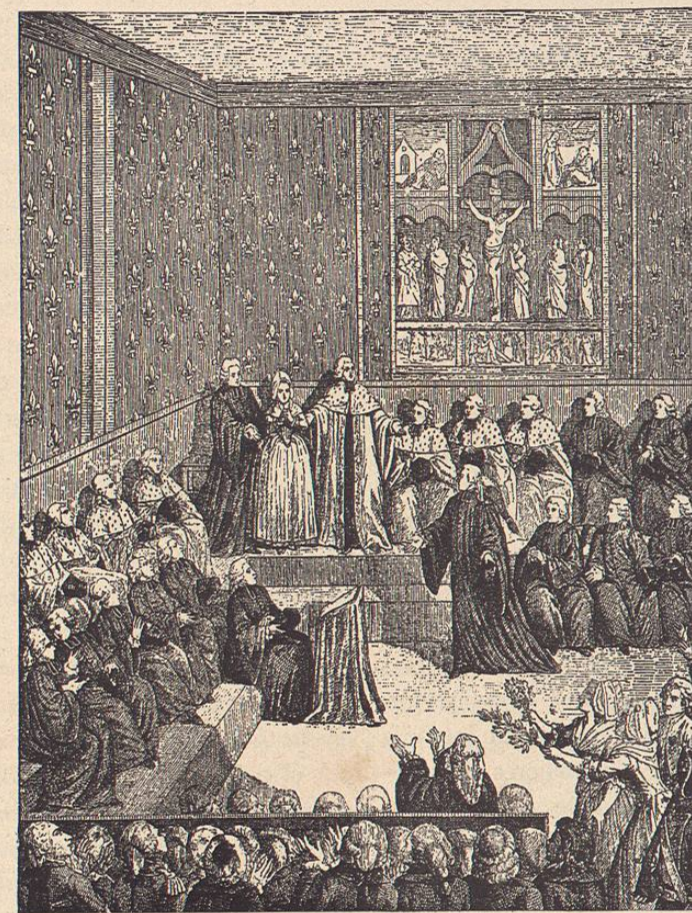
(1) La noche del 4 de Agosto parece aquí profetizada. Y, sin embargo, hubiera podido añadir M. Taine, todavía estamos muy cerca del tiempo en que toda Francia acudía á pasar la noche en los templos para pedir á Dios la salud de Luís XV, recibiendo la noticia de su convalecencia, que cien correos difundieron por calles y plazas, con la más loca alegría. Véase cuan fácilmente las instituciones más sólidas crugan al recibir el choque de las ideas precursoras de nuevos tiempos.

Todavía no, pero la semilla crece. Bachaumont en 1762 observa un diluvio de folletos, cuadernos, y disertaciones políticas «un furor de discutir en materia de Hacienda y de gobierno.» En 1765, Walpole hace constar que los ateos que en aquel entonces tienen el dón de la conversación, se desatan lo mismo contra los reyes que contra los sacerdotes. Una palabra temible, la de *ciudadano*, importada por Rousseau, entra en el lenguaje usual, y lo más significativo aún, es que las mujeres se adornan con ella como con una escarpela. «Sabéis cuán ciudadana soy,» escribe una joven á su amiga. «Como ciudadana y como amiga, ¿podía recibir yo más gra-

tas noticias que las de la salud de mi querida amiga, y de la paz?» (1).

Otra palabra no menos significativa, la de *energía* que, ridícula antiguamente, se hace de moda y se emplea á propósito de cualquier cosa. A la par que el lenguaje se cambian los sentimientos y las más grandes señoras se pasan á la oposición. En 1771, dice el burlón Bezenval, después del destierro del

Parlamento, «las reuniones de sociedad se habían convertido en pequeños Estados generales, donde las mujeres, transformadas en legisladores, sentaban premisas y declamaban con seguridad máximas de derecho público.» La condesa de Egmont, corresponsal del rey de Suecia, le manda una memoria sobre las leyes fundamentales de Francia, en favor del Parlamento, último defensor de las libertades



Vindicación de los Calas

nacionales, contra los atentados del canciller Maupeou. «El señor Canciller, dice, según Geoffroy, de seis meses á esta parte, ha hecho aprender la historia de Francia á gente que habría muerto sin conocerla.» «Yo no dudo de ello, señor, añade, vos no abusaréis del poder que un pueblo entusiasmado os confió sin limitación... Pueda vuestro reinado convertirse en la época del restablecimiento del gobierno libre é independiente, y no ser nunca la fuente de una autoridad absoluta.» Muchas otras princesas, de primera categoría, las señoras de la Marck, de

Boufflers, de Brienne, de Mermes, de Luxembourg, de Croy, piensan y escriben de igual manera. «El poder absoluto, dice una de ellas, es una enfermedad mortal que corrompiendo insensiblemente las cualidades morales, acaba por destruir los Estados...» «Los actos de los soberanos están sujetos á la censura de sus vasallos lo mismo que á la del Universo. La Francia quedará destruída si subsiste la presente administración.» Cuando en tiempo de Luís XVI adelanta y retira tentativas de reforma, su crítica continúa siendo igualmente enérgica. «Infancia, debilidad, inconsecuencia continua, escribe otra, cambiamos incesantemente para estar peor que estábamos. Monseñor y el señor conde de Artois acaban de hacer un viaje á las provincias, pero del

(1) *Correspondencia de Lauritte de Malboissière*, publicada por la marquesa de la Grange. (4 de Setiembre de 1762, 8 de Noviembre de 1762).

modo que esa gente viaja, con un gasto excesivo y la devastación por donde pasa, sin sacar de ello otra cosa que una grasa sorprendente. Monseñor ha engordado como una cuba, en cuanto al conde de Artois, ya ha cuidado de evitarlo con la vida que lleva.» Un soplo de humanidad al propio tiempo que de libertad ha penetrado en todos los corazones femeninos. Se interesan por los pobres, por los niños, por el pueblo; la señora de Egmont recomienda á Gustavo III la plantación de patatas en la Dalecárdia. Cuando aparece el grabado publicado á beneficio de los CALAS: «Toda la Francia y hasta toda la Europa se apresura á suscribirse, la emperatriz de Rusia por 5.000 libras,» según Bachaumont. «La agricultura, la economía, las reformas, la filosofía, escribe Walpole, son de *buen tono* hasta en la corte.» Habiendo escrito el presidente Dupaty una memoria en defensa de tres inocentes condenados á la «rueda, no se habla mas que de eso en la buena sociedad;» «estas conversaciones de sociedad, dice una corresponsal de Gustavo III, no son ociosas, pues que con ellas se forma la opinión pública. *Las palabras se han convertido en hechos* y todos los corazones sensibles ensalzan con transporte una memoria, animada por la humanidad y que parece llena de talento porque está llena de corazón.» Cuando Latude sale de Bicetre, las señoras de Luxembourg, de Boufflers y de Staël, quieren comer con la de Legros, la especiera, que «durante tres años estuvo removiendo cielo y tierra» para lograr la libertad del preso. Merced á las mujéres, á su ternura, á su celo, á la conspiración de sus simpatías, pudo M. de Lally llegar á obtener la rehabilitación de su padre. Cuando emprenden una cosa se encaprichan; la señora de Lauzun, tan tímida, llega á insultar públicamente á un hombre que habla mal de Necker. Recuérdese que en aquel siglo, las mujeres eran reinas, dictaban la moda, daban el tono, dirigían la conversación, y, por consiguiente, las ideas, y como consecuencia la opinión (1).

Cuando se las encuentran delante en el terreno político, puede tenerse la seguridad de que los hombres las siguen; cada una de ellas arrastra consigo á toda su sociedad ó reunión.

VI

Una aristocracia imbuída de máximas humanita-

(1) Collé, J. Journal III, 437 (1870): «Las mujeres han tomado tal superioridad sobre los franceses, los han subyugado de tal manera que éstos no piensan ni sienten ya sino por ellas.»

rias y radicales, cortesanos hostiles á la corte, privilegiados que contribuyen á minar los privilegios, forman un extraño espectáculo que necesita verse en los testimonios de la época. «Es de regla, dice un contemporáneo, que todo debe cambiarse y echarse de arriba abajo.» De lo más alto á lo más bajo, en las reuniones, en los sitios públicos, no se encuentran entre los privilegiados sino oposicionistas y reformadores. «En 1787, casi todo lo más notable que había entre los pares declaróse en el Parlamento á favor de la resistencia... He oído precorizar en las comidas en que entonces nos reuníamos casi todas las ideas que bien pronto debían triunfar con tanto brillo» (1). Ya en 1774, M. de Vaublanc, yendo á Metz hallaba en la diligencia un eclesiástico y un conde, coronel de húsares, que no dejaban de hablar de economía política. «Era la moda de entonces; todo el mundo era economista; nadie se ocupaba sino de filosofía, de economía política, y sobre todo, de humanidad, y de los medios de aliviar al pueblo; estas dos últimas palabras estaban en todas las bocas.» Añádase á ellas la de igualdad; Thomas, en un elogio del mariscal de Sajonia, decía: «No puedo disimularlo, era de sangre real,» y se admiraba esta frase. Sólo algunos jefes de antiguas familias parlamentarias ó señoriales conservaban el antiguo espíritu nobiliario y monárquico; toda la generación nueva estaba á favor de las novedades: «Para nosotros, dice de Ségur, que era uno de ellos, en sus *Memorias*, joven nobleza francesa, sin pesar por el pasado y sin inquietudes por el porvenir, marchamos alegremente sobre una alfombra de flores que nos ocultaba un abismo. Risueños adversarios de las antiguas modas, del orgullo feudal de nuestros padres y de sus graves etiquetas, todo lo antiguo nos parecía molesto y ridículo. La gravedad de las antiguas doctrinas nos pesaba. La risueña filosofía de Voltaire nos arrastraba divirtiéndonos. Sin profundizar la de los escritores más graves la admirábamos como prueba de valor y de resistencia al poder arbitrario... La libertad, cualquiera que fuese su lenguaje, nos gustaba por lo valiente y la igualdad por lo cómoda. Se halla gusto en descender tanto como se cree poder remontar así que se quiera; y sin previsión, saboreábamos á un mismo tiempo las ventajas del patriciado y las dulzuras de una filosofía plebeya. Así, aunque los restos de nuestro antiguo poder á los cuales se minaba bajo nuestras plantas, fuesen nuestros mismos privilegios, nos gustaba esa pequeña guerra. De ella no

(1) Recuerdos manuscritos de M...

experimentábamos las consecuencias y si sólo el espectáculo. Este consistía únicamente en combates de pluma y de palabra, las cuales no nos parecían pudieran perjudicar la superior existencia de que gozábamos y que una posesión de muchos siglos nos representaba como inquebrantable. Permaneciendo intactas las formas del edificio, no advertíamos que se le minara por el interior. Nos reíamos de las graves alarmas de la vieja corte y del clero que tronaban contra ese espíritu de innovación. Aplaudíamos las escenas republicanas de nuestros teatros, (1) discursos filosóficos de nuestros académicos y las atrevidas obras de nuestros literatos.» Si todavía continuaba la desigualdad en la distribución de los cargos y de los empleos «la igualdad empezaba á reinar en las sociedades. En muchas ocasiones los títulos literarios eran preferidos á los de la nobleza. Los cortesanos, servidores de la moda, iban á hacer la corte á Marmontel, de Alembert, Raynal. Frecuentemente veíanse en el mundo hombres de letras de segunda y tercera fila, á quienes se acogía y trataba con mayores atenciones de las que alcanzaba la nobleza de provincia... Las instituciones continuaban siendo monárquicas, pero las costumbres se hacían republicanas. Preferíamos una palabra de elogio pronunciada por de Alembert ó Diderot al más señalado favor de un príncipe. Imposible era pasar la velada en casa de de Alambert, ir al palacio de Larochehoucauld, en casa los amigos de Turgot, asistir al almuerzo del abate Raynal, ser admitido en la sociedad y la familia de M. de Mallesherbes, acercarse, en fin, á la reina más amable y al rey más virtuoso, sin creer que ingresábamos en una especie de edad de oro de que no nos daban idea alguna los siglos precedentes. Estábamos deslumbrados por el prisma de las ideas y de las doctrinas nuevas, radiantes de esperanza, abrasados de fuego por todas las glorias, de entusiasmo por todos los talentos y arrollados por los ensueños seductores de una filosofía que quería asegurar la dicha del género humano. Lejos de proveer desdichas, excesos, crímenes, derrumbamiento de tronos y de príncipes, sólo veíamos en el porvenir los bienes que podían asegurarse para la humanidad con el reinado de la razón. Se dejaba libre curso á todos los escritos reformadores, á todos los proyectos de innovación, á los pensamientos más liberales, á los

(1) De Ségur, I, 151. «En el teatro del palacio de Versalles, ví como toda la corte aplaudía con entusiasmo el *Bruto*, tragedia de Voltaire, y particularmente los dos versos que siguen:

Soy hijo de Bruto, y llevo en mi corazón grabados, la libertad y el odio á los reyes.

más atrevidos sistemas. Todos creían ir á la perfección, sin obstáculos y sin temor. Estábamos orgullosos de ser franceses del siglo XVIII... Nunca tan terrible despertar fué precedido de un sueño más suave ni de más seductores ensueños.»

No se contentan con sueños, con puros deseos, con pasivas esperanzas. Obran, son verdaderamente generosos; basta que una causa sea bella para que obtenga su sacrificio. A la noticia de la insurrección americana el marqués de la Fayette, abandonando á su joven esposa en cinta, se escapa, arrostra las prohibiciones de la corte, compra una fragata, atraviesa el Océano y va á batirse al lado de Washington. «Desde que conocí la querrela, dice, mi corazón quedó alistado y no soñaba mas que en incorporarme á mis banderas.» Muchos gentil-hombres le siguen. Verdad es que tienen afición al peligro; «una probabilidad de andar á fusilazos es harto preciosa para desdeñada,» dice Lauzun á propósito de su expedición á Córcega. Pero por otra parte, se trata de librar á los oprimidos. «Nos mostrábamos filósofos en calidad de paladines,» dice uno de ellos, y el espíritu caballeresco se pone al servicio de la libertad. Hay otros servicios más redentorios y menos brillantes á los cuales se entregan con celo no menor. En las asambleas provinciales (1) los más altos personajes de la provincia, obispos, arzobispos, abades, duques, condes, marqueses, unidos á los notables más opulentos é instruidos del Tercer estado, en junto un millar de hombres, en una palabra, lo más escogido de la sociedad, toda la alta clase convocada por el rey, establece el presupuesto, defiende al contribuyente contra el fisco, redacta el catastro, iguala la contribución, sustituye la prestación personal, provee á la inspección de vialidad, multiplica las oficinas de beneficencia, instruye á los agricultores, propone, fomenta y dirige todas las reformas. He leído los veinte volúmenes de sus actas; no es posible ver ciudadanos mejores, administradores más íntegros, más aplicados y que se den gratuitamente mayor trabajo sin más objeto que el bien público. Su buena voluntad es completa. Nunca la aristocracia fué tan digna del poder como en el momento en que iba á perderlo; los privilegiados, arrancados de su ociosidad, volvían á ser hombres públicos, y vueltos á sus funciones, volvían á su deber. En 1778 en la primera asamblea de Berry, el abate de Seguiran, relator, se atreve á

(1) Las asambleas de Berry y de la Alta-Guyenne empiezan en 1778 y 1779, las de las demás generalidades en 1787 (Leonceo de Lavergne. *Las asambleas provinciales*).